



Triduo de Oración por los Difuntos

***“Yo soy la Resurrección y la Vida.
El que cree en mí, aunque muera, vivirá;
Y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás” (Jn 11, 25-26)***

Los familiares y amigos difuntos viven en nuestro corazón porque el amor y el afecto vencen la muerte y nos mantienen en comunión con los seres que se durmieron en el Señor.

Nuestra fe y nuestro cariño nos impulsan a rezar y acrecentar nuestra comunión con nuestros difuntos. La oración es la mejor manera de seguir unidos a ellos y de cultivar la firme esperanza de encontrarnos un día, en la casa de Dios, con las personas que hemos amado en vida y a las que seguimos queriendo.

La comunidad parroquial del Inmaculado Corazón de María quiere estar cerca de aquellos hermanos y hermanas que han sufrido la pérdida de un ser querido. Hemos asumido el compromiso de orar en el Templo parroquial mensualmente por el Eterno descanso de nuestros difuntos. Ahora les acercamos este material sencillo que quiere ayudarnos a promover la confianza en la misericordia y el amor de Dios que son el fundamento de la fe y de la esperanza y la fuente inagotable de la caridad y de la oración.

La fe y esperanza cristianas, fundadas en la muerte y resurrección de Jesús, iluminan el sentido de nuestra existencia. Así lo enseñaba el querido Juan Pablo II: “el significado profundo y decisivo de nuestra existencia humana y terrena está en nuestra inmortalidad personal: Jesús vino a revelarnos esta verdad”. La vida es un **don** de Dios y una **tarea** que hemos de realizar en este mundo en comunión con los demás; por esto es inagotable. No concluye en este mundo. Camina sin cesar hacia Dios.

Dios no permite que la muerte triunfe sobre la vida de sus hijos porque su amor es más fuerte que la muerte. Y la prueba de que Dios nos ama es que Jesús murió por nosotros y fue resucitado por el poder del Padre para que nosotros participáramos de su vida (Jn 3, 16). Cuando nuestros familiares y amigos parten de este mundo, no van hacia una muerte definitiva. Van hacia Dios fuente de la vida, van hacia Jesús que ha resucitado para darnos la vida de los resucitados, van hacia el Espíritu que en el Bautismo nos ha hecho nacer como hijos de Dios y herederos con Jesús de una vida que no se acaba jamás. Nuestra fe en Dios nos da la victoria sobre la muerte. “Sabemos que Cristo, después de resucitar, no muere más, porque la muerte ya no tiene poder sobre El” (Rm 6,9). Y tampoco tiene poder sobre los que creen en El pues Jesús ha dicho: “El que cree en mí, aunque muera vivirá”. Nuestra fe en el Resucitado vence la muerte. Nuestra fe es nuestra victoria.

Esta convicción contribuye a que como Iglesia y familia oremos por nuestros difuntos, no como un rito sin sentido o un formalismo, sino que siguiendo el estilo de la liturgia podamos rezar desde la palabra de Dios que ilumina tanto el misterio de la vida como el misterio de la muerte.

Triduo de Oración

Primer Día: La reconciliación con Dios

Inicio: hoy vamos a considerar la reconciliación del hombre con Dios mediante la muerte de su hijo Jesús que dio su vida para salvarnos del pecado y de la muerte.

Lectura de la carta de San Pablo a los Romanos (5,5-11)

“La esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado. En efecto, cuando todavía éramos débiles, Cristo, en el tiempo señalado, murió por los pecadores.

Difícilmente se encuentra alguien que dé su vida por un hombre justo; tal vez alguno sea capaz de morir por un bienhechor. Pero la prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores. Y ahora que estamos justificados por su sangre, con mayor razón seremos librados por él de la ira de Dios. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que estamos reconciliados, seremos salvados por su vida. Y esto no es todo: nosotros nos gloriamos en Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien desde ahora hemos recibido la reconciliación.” *Palabra de Dios*

El pecado es una negación del amor de Dios. Por el pecado entró la muerte en el mundo y sembró la angustia y el desconcierto en el corazón del hombre. Sin embargo, Dios no abandona a sus hijos porque su amor es sin arrepentimiento y dura por siempre. Y la prueba de su amor es que entregó a su hijo Jesús a la muerte para reconciliarnos con él.

Toda nuestra vida es una continua reconciliación hasta que Dios nos llama a su casa. Quien muere en manos de Dios Padre y se une a Jesús crucificado logra la plenitud de la reconciliación. La muerte, nos lleva a un abrazo de amor con Dios Padre en una reconciliación gozosa que no tendrá fin.

Con la oración del Salmo 86 nos abandonamos a la misericordia y al poder de Dios y renovamos nuestra confianza en su amor y en su fidelidad:

Tú, Señor, eres bueno y misericordioso

Inclina tu oído, Señor, respóndeme,
porque soy pobre y miserable;
protégeme, porque soy uno de tus fieles,
salva a tu servidor que en ti confía.

Tú eres mi Dios: ten piedad de mí Señor,
porque te invoco todo el día;
reconforta el alma de tu servidor,
porque a ti Señor, elevo mi alma.

Tú, Señor, Dios compasivo y misericordioso,

lento para enojarte, rico en amor
y fidelidad, vuelve hacia mí tu rostro
y ten piedad de mí.

Oración de los fieles

A cada intención respondemos: *Te pedimos, Señor*

- Por la Iglesia para que viva y anuncie con fidelidad la reconciliación y la paz a todos los hombres. Oremos
- Por los responsables de nuestra Patria, para que trabajen por la reconciliación, la justicia, el amor y la paz. Oremos
- Por nuestro hermano difunto , para que Dios le de el abrazo de la reconciliación gozosa y eterna en su reino. Oremos
- Por la reconciliación y paz del corazón de todos los presentes y por el descanso eterno de nuestros difuntos. Oremos

Oremos: Dios y Padre nuestro, rico en amor y fidelidad, que nos ha reconciliado contigo y con nuestros hermanos por medio de la muerte y la resurrección de Jesús, concédenos la paz del corazón y una vida rica en buenas obras. Amén.

Día segundo: El llanto signo del amor

Inicio: El llanto es una conmovedora expresión de dolor y de amor por los familiares y amigos difuntos. El llanto y las lágrimas sinceras siempre brotan del corazón. El mismo Jesús lloró por la muerte de su amigo Lázaro y ante la ruina de Jerusalén, su entrañable ciudad.

Lectura de la Palabra de Dios

Lectura del Evangelio de San Juan (11, 21-27.32-36)

“Marta dijo a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero yo sé que aún ahora, Dios te concederá todo lo que pidas”. Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará”. Marta le respondió: “Se que resucitará en la resurrección del último día”. Jesús le dijo: “Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿crees esto?” Ella le respondió: “Sí, Señor, creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que debía venir al mundo”. (...)

María llegó adonde estaba Jesús y, al verlo, se postró a sus pies y le dijo: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto”. Jesús, al verla llorar a ella, y también a los judíos que la acompañaban, conmovido y turbado, preguntó: “¿dónde lo pusieron?”. Le respondieron: “ven, Señor, y lo verás”. Y Jesús lloró. Los judíos dijeron: “¡Cómo lo amaba!”. *Palabra de Dios*

El llanto y las lágrimas son el cauce normal de nuestras tristezas y alegrías, cuando éstas, por su intensidad, se tornan incontenibles en el interior de nuestras personas. Son un testimonio de solidaridad con los que sufren y lloran. Vienen de la profundidad del corazón que ama de verdad. Cuando Jesús lloró por la muerte de su amigo Lázaro, los judíos dijeron: “¡Cómo lo amaba!”

Pero no podemos vivir en un llanto permanente. Después de compartir el dolor y las lágrimas con familiares y amigos, hemos re recuperar la serenidad y la paz del corazón para seguir nuestra marcha.

Experimentamos en este camino la fuerza de las palabras del Maestro: “Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá”.

El Salmo 23 se caracteriza por un sentimiento de profunda confianza en Dios, expresada en un lenguaje de incomparable belleza. Rezarlo con atención y sencillez nos traerá la paz interior y enjugará nuestras lágrimas.

El Señor es mi pastor, nada me puede faltar

El Señor es mi Pastor,
nada me puede faltar.
El me hace descansar en verdes praderas
me conduce a las aguas tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el recto sendero,
por amor de su nombre.

Aunque cruce por oscuras quebradas,
no temeré ningún mal,
porque tú estas conmigo:
tu vara y tu bastón
me infunden confianza.

Tú preparas ante mí una mesa,
frente a mis enemigos;
unges con óleo mi cabeza
y mi copa reboza.

Tu bondad y tu gracia me acompañan
a lo largo de toda mi vida;
y habitaré en la Casa del Señor,
por muy largo tiempo.

Oración de los fieles

A cada intención respondemos: *Escúchanos, Padre de bondad.*

- Por la Iglesia de Dios para que siempre sea solidaria con todos los que sufren. Oremos
- Por nuestro hermano difunto para que Dios lo lleve al reino de la luz y de la paz donde no hay llanto ni dolor. Oremos
- Por los que vivimos en este valle de lágrimas para que la Virgen, vuelva a nosotros sus ojos misericordiosos. Oremos

Oremos: Dios, Padre de misericordia y de todo consuelo, te pedimos que así como participamos de los sufrimientos de tu hijo Jesús participemos también de su resurrección, fuente de todo consuelo. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Día Tercero: Una mirada de fe

Inicio: Es voluntad de Dios Padre que el que cree en Jesús tenga la vida eterna y que Jesús lo resucite en el último día. En Cristo brilla la esperanza de nuestra feliz resurrección, pues para los que creen en el Señor, la vida no termina sino que se transforma. En este día vamos a reflexionar sobre este aspecto de nuestra fe.

Lectura de la Palabra de Dios

Lectura del Evangelio de Jesucristo según San Juan (6, 37-40)

“Todo lo que da el Padre viene a mí, y al que venga a mí yo no lo rechazaré, porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la de aquel que me envió. La voluntad del que me ha enviado es que yo no pierda nada de lo que él me dio, sino que lo resucite en el último día. Esta es la voluntad de mi Padre: que el que ve al Hijo y cree en él, tenga Vida eterna y que yo lo resucite en el último día.” *Palabra de Dios*

Los que poseen el don de la fe no consideran la muerte como una destrucción del hombre sino como el paso consolador a una vida nueva y feliz que no tendrá fin. El fundamento de nuestra fe es la resurrección de Jesucristo, vencedor del pecado y de la muerte. En el evangelio hemos escuchado a Jesús. Nos dice que es voluntad de su Padre que el que cree en su Hijo Jesús tenga vida eterna y resucite en el último día. Esta es nuestra fe que da sentido a la vida y vence la muerte.

Con el Salmo 27 expresamos, unidos a toda la Iglesia, la inalterable confianza en el Señor y el anhelo de vivir en eterna comunión con él.

El Señor es mi luz y mi salvación

Una sola cosa he pedido al Señor,
y esto es lo que quiero:
vivir en la casa del Señor
todos los días de mi vida,
para gozar de la dulzura del Señor
y contemplar su Templo.

Mi corazón sabe que dijiste:
“Busquen mi rostro”.
Yo busco tu rostro Señor,
No lo apartes de mí.

Yo creo que contemplaré
la bondad del Señor
en la tierra de los vivientes.
Espera en el Señor y se fuerte;
ten valor y espera en el Señor.

Oración de los fieles

A cada intención respondemos: *Óyenos, Señor nuestro.*

- Por la Iglesia para que anuncie que la muerte es un paso hacia una nueva vida en Dios. Oremos.
- Para que nuestras familias sepan dar un sentido cristiano a la vida y a la muerte. Oremos
- Para que los que sufren la ausencia de un ser querido se consuelen mediante la fe en la resurrección. Oremos.
- Por nuestro hermano.... Para que Dios lo haga pasar de la muerte a la vida que no se acaba. Oremos.

Oremos: Escucha Padre de todo consuelo, nuestras plegarias y aumenta nuestra fe para no desfallecer ante el dolor y consolarnos con la promesa de que nuestros difuntos contemplan para siempre la luz de tu rostro. Te lo pedimos por tu Hijo Jesucristo que venció la muerte y vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Oración conclusiva para todos los días

Dios de los Padres, Señor de la misericordia, ayúdanos a comprender en este misterio del dolor que somos peregrinos en la tierra, que debemos estar siempre preparados, porque la muerte puede llegar improvistamente.

Recuérdanos que debemos sembrar en la tierra lo que recogeremos multiplicado en la gloria, para que vivamos mirándote siempre a ti, Padre y juez de vivos y difuntos, que al final nos juzgarás con amor.

Te damos gracias, Padre, porque en la fe el dolor nos acerca más a ti y en él crece la fraternidad y solidaridad de todos los que abren su corazón al prójimo necesitado.

Te pedimos por nuestros difuntos: dales Señor el descanso eterno y brille para ellos la luz que no tiene fin. Que descansen en paz.

Y a nosotros que seguimos viviendo, peregrinos en este valle de lágrimas, danos la esperanza de reunirnos contigo en tu casa paterna, donde tu Hijo Jesús nos ha preparado un sitio y la Virgen María nos guía hacia la comunión de los santos.

Amén.